

LOUISE BOIJE AF GENNÄS

TRILOGÍA DE LA RESISTENCIA 3

AURORA DE
MUERTE



Estocolmo, 2018. Varias personas del entorno de Sara han muerto en circunstancias extrañas y ella está atenazada por el miedo y la pena. Sin embargo, no está dispuesta a rendirse. La conspiración a su alrededor va espesándose y acorralándola, así que tendrá que actuar con convicción y coraje. Es una lucha de David contra Goliat, pero el débil no puede cejar en su lucha si quiere que el poderoso no se salga con la suya.

En esta tercera entrega de la «Trilogía de la Resistencia», Sara tendrá que vencer todos sus miedos para desvelar quién está detrás de la organización criminal neofascista y lograr escapar con vida de sus perseguidores.

Índice de contenido

Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Epílogo	
Agradecimientos	
Sobre la autora	

*En memoria de mi padre,
Hans Boije af Gennäs (1922-2007)*

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Sin embargo, los artículos que aparecen en los textos son completamente auténticos, al igual que los «asuntos» no aclarados que se tratan en la novela. En este libro discurren en paralelo la ficción y la realidad, algo que conviene tener en cuenta al leerlo.

La única defensa segura y duradera es la que depende de uno mismo y de su propio valor.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

1

Mi madre estaba en la cocina con su bata de rizo de color celeste preparando un café de aroma delicioso. Mi padre, que venía de practicar esquí de fondo en la pista de Venaspår, tenía las mejillas sonrosadas, nieve derretida en el gorro e iba dejando a su paso una estela de vaho. El sol brillaba al otro lado de la ventana por encima de Örebro, cubierta de nieve; el termómetro marcaba cinco grados bajo cero y la imagen parecía sacada de un cuento de Elsa Beskow. Yo estaba sentada a la mesa de la cocina acabando de comerme las gachas y Lina jugaba a mis pies con nuestra gatita Esmeralda.

—Sara —dijo papá—, ¿te vienes a dar una vuelta por el observatorio de aves de Vena? ¡Es buenísimo para el cuerpo y también para el espíritu!

Miré a papá a los ojos, vi su gran y amable sonrisa y me di cuenta de que en ese momento lo que más feliz le haría sería que esquiáramos juntos hacia el norte, atravesando Kasernvägen hasta la pista de Vena, y que luego nos adentráramos en el bosque mientras sentíamos el sol en la espalda y el frío en las mejillas. El frescor del aire nos ayudaría a mantener un ritmo que permitiría que nos deslizáramos por la capa de nieve dura y resplandeciente, mientras disfrutábamos del fantástico paisaje invernal de sombras azules.

—Claro que sí —dije—. Voy contigo, papá.

Me levanté, cogí mi anorak y me puse las manoplas que me había tejido Kerstin, la mujer de Torsten. En ese mismo

instante todo cambió. Al otro lado de la ventana, el cielo se oscureció cubriéndose con grandes nubes de tormenta de color púrpura y la nieve fue reemplazada por una lluvia que azotó los cristales de las ventanas. Lina y la gatita desaparecieron y, cuando mi madre se volvió hacia mí desde el fregadero, no vi su habitual mirada brillante bajo el cabello rizado y oscuro. Donde antes estaban sus ojos ahora solo había dos agujeros vacíos en un cráneo torcido.

Aterrada, me volví hacia mi padre. Sus ojos tenían el mismo aspecto de siempre y abrió la boca para decir algo, pero en vez de palabras le salió una mancha oscura que llenó la habitación de remolinos de ceniza gris. También vi que carecía de dientes.

Entonces Micke se lanzó sobre mí y grité.

Estaba de pie frente a la ventana, contemplando el anochecer en la plaza de Nytorget mientras intentaba beber un vaso de agua y que se me normalizara el pulso. No se oía ningún ruido procedente de la habitación de Lina: al parecer, esta vez no la había despertado. Nuestra pequeña cocina daba directamente a la plaza y allí abajo todo parecía un remanso de paz. El otoño se acercaba, aunque las hojas todavía no habían empezado a caer de los árboles. Una paseante nocturna deambulaba con su bull terrier bajo la luz de las farolas.

No había tenido noticias de FLA en todo el verano.

Después de la muerte repentina de Johan y de mi madre a finales de primavera, pasé varias semanas sin apenas tener contacto con nadie. Primero estuve ingresada en el hospital casi una semana y después Sally me acompañó a Örebro, donde me quedé en casa de Ann-Britt y su familia. Mi estado físico general era aceptable, así que asistí al funeral de mi madre en el cementerio de Norra, aunque apenas recordaba nada. Ann-Britt me cuidó de maravilla, me llevaba a la cama, cocinaba para mí y me dejaba vagar por

la casa y por el jardín como un fantasma mientras yo le daba vueltas a lo que había ocurrido. Al principio no podía llorar, pero en cuanto empecé a hablar las lágrimas fueron llegando. Ann-Britt me escuchaba una y otra vez, al igual que Sally y Andreas cuando venían a verme.

En julio empecé a reponerme y a ser consciente de que tenía una hermana menor que también se sentía mal. Fue como si saliera de una burbuja, ya que hasta ese momento no me di cuenta de lo duro que debió de ser para Lina, que primero perdió a su querida yegua y, más tarde y sin previo aviso, a nuestra madre, apenas un año después de la muerte de papá. Lina también vivía en casa de Ann-Britt, aunque yo casi no era consciente de su existencia. Los acontecimientos del último año me habían afectado mucho y el estrés hizo acto de presencia más tarde.

En julio empecé a comportarme con más normalidad y poco a poco pude estar también al lado de Lina. Pero, para mi sorpresa, noté que la reacción de mi hermana era la opuesta a la mía. Ella no se había derrumbado a pesar de tener todos los motivos para que fuera así. En cambio, había construido una especie de coraza a su alrededor, de modo que ninguno de nosotros sabía exactamente lo que ocurría en su interior. Ann-Britt me miró impotente.

—No ha derramado ni una sola lágrima —dijo en voz baja—. No sé qué hacer.

Intenté hablar con Lina, pero no obtuve ningún resultado. Solo me miró con aún más dureza y se negó a hablar de sus sentimientos.

—Descansa, lo necesitas —se limitó a decir.

Y así lo hice. Volví a recobrar fuerzas, tanto físicas como mentales, pero emocionalmente estaba hundida. La muerte de mi madre me parecía incomprensible. No el hecho de que hubiera ocurrido, eso lo entendía, y también suponía cómo se habría producido, a pesar de que no había podido abordar todavía el problema. Pero ¿el hecho de que mi ma-

dre se había ido, de que no iba a estar nunca más y de que no podría volver a hablar con ella?

Eso era incomprensible.

Seguí dándole vueltas a mis preguntas sin respuesta durante mis largos paseos por la ciudad, mientras el resto de la población tomaba el sol tumbada junto a la piscina natural de Alnängsbadet y el calor extremo del verano afectaba Örebro de tal modo que el Hospital Universitario tuvo que cancelar algunas intervenciones quirúrgicas. Durante el año escaso que había transcurrido desde la muerte de mi padre me había visto expuesta a situaciones extremas, pero no tenía la menor idea de quién me perseguía ni de lo que podía querer de mí.

Reviví mentalmente todo lo que me había pasado y, cuanto más pensaba en ello, más increíble me parecía. Por la noche me quedaba despierta en la cama dando vueltas entre las sábanas o salía al jardín para refrescarme un poco. Los incendios en los bosques de los alrededores parecían una imagen de mi interior: un paisaje airado y devastado en vano. Todo lo ocurrido carecía de sentido.

Si la mente humana es capaz de mantener apartados los recuerdos desagradables para sanar, eso era justamente lo que estaba haciendo la mía: mitigaba los horrores y buscaba explicaciones alternativas a lo que había ocurrido. Empecé a entender que podamos estar expuestos a la guerra, a la tortura y a las pérdidas inhumanas y, aun así, continuar con nuestra vida; el instinto de supervivencia es tan fuerte que llegamos a manipular nuestros propios recuerdos para seguir viviendo.

A finales de julio había repasado tantas veces los sucesos ocurridos, que, cansada, ya había llegado a varias conclusiones.

«En realidad, FLA no existía».

Todo podía ser una reacción por la muerte de papá; el dolor se había vuelto abrumador y me había llevado a imaginar ciertas cosas y a exagerar otras. Había leído artículos

de psicología en los que se hablaba de «memorias de pantalla», recuerdos inventados para ocultar hechos reales que eran demasiado duros de sobrellevar. Mi mente se había inventado un montón de situaciones y experiencias para explicar lo incomprensible: el hecho de que mi querido padre había fallecido en un accidente en nuestra casa de campo.

También se me pasó por la cabeza que yo podía estar desequilibrada mentalmente y tal vez al borde de la psicosis, por lo que me imaginaba cosas que nunca habían ocurrido.

¿Existió Bella en realidad o solo era un producto de mi fantasía?

¿Habían sucedido todos esos hechos inexplicables o era mi mente la que los había creado?

Yo sabía que, según algunas investigaciones, había una especie de «ventana» en la que entre los veinte y los veinticinco años podía aparecer la esquizofrenia en una persona. Yo tenía veinticinco y el patrón parecía coincidir. La cuestión era: ¿necesitaba buscar ayuda o el hecho de darme cuenta de que tal vez padecía una enfermedad era una señal de recuperación?

Si realmente existiera algo llamado FLA, ¿no tendrían que haber dado señales de vida durante el verano?

Por más que busqué entre mis cosas no encontré ningún «emblema» con las siglas FLA, el escudo de armas y las tres coronas que creía haber visto tantas veces.

¿Adónde habían ido a parar las notas?

¿Acaso nunca existieron?

Una vocecita en mi interior protestó diciendo que por supuesto que existían y que yo había presenciado todas esas cosas tan desagradables. Pero hice todo lo posible por silenciarla.

Durante el mes de agosto retomé las cuestiones prácticas. Sally y Andreas me ayudaron a vender el apartamento de

Kungsholmen y lograron encontrar uno de tres habitaciones en Skånegatan junto a Nytorget. Era carísimo, pero con la venta del otro y la parte que me correspondía de la herencia de mi madre no solo tenía suficiente, sino que incluso me sobraba bastante dinero. Sally hizo una oferta en mi nombre que aceptaron. Lo importante era crear un hogar nuevo para Lina y para mí lo antes posible con el fin de que ella pudiera empezar con su vida y que el dolor anterior no se ahondara y, como yo no quería volver a vivir en Östermalm ni en Kungsholmen, estaría perfectamente en Nytorget, en la zona de Södermalm. Además, nos quedamos el coche de mamá para poder ir a Örebro cuando quisiéramos.

Ann-Britt nos ayudó durante todo el verano a recoger la casa y a guardar las cosas. Ni Lina ni yo podíamos ordenar nada en ese momento, pero queríamos que la casa quedara vacía y estábamos de acuerdo en poner punto final a nuestra infancia y volver a empezar en Estocolmo, aunque fuera terrible poner en venta el hogar de nuestros padres. Pero, como Lina señaló, si no lo hacíamos ahora, tendríamos que viajar continuamente a Örebro para encontrar allí la casa vacía y, cada vez que entráramos en ella, sería como si nos arrancáramos la costra de una herida.

Ann-Britt tenía una gran red de contactos y en pocas semanas había dos familias interesadas pujando entre sí. Ganó la más agradable, y Lina y yo firmamos el contrato de venta con una mezcla de alivio y tristeza. Ambas lloramos al cerrar la puerta por última vez, pero poco después la sensación de habernos quitado un gran peso de encima creció y acabó predominando. Era mejor no estar continuamente abrumadas por los recuerdos.

Tener dinero de sobra nunca me había parecido tan poco interesante como en ese momento, pero Sally me ayudó a colocarlo en acciones y en fondos de inversión.

—Ahora eres una persona con bastante dinero —dijo—. Siempre es algo, ¿no crees?

El comandante del Ministerio de Defensa, a pesar de su reputación de que «no descansaba ni se ponía enfermo nunca», se mostró muy comprensivo con la situación y adelantó mi incorporación al empleo al primero de septiembre. Incluso me ofreció más tiempo si quería, pero yo no lo acepté. Era hora de empezar un nuevo trabajo.

Lina solicitó su inscripción en varios cursos de la Universidad de Estocolmo y entró en dos de ellos: uno de Historia de las ideas y otro de Literatura. Yo no sabía cómo le iba a sentar volver a estudiar tan pronto, pero no tenía trabajo y no era buena idea que perdiera el tiempo por ahí. En la universidad podía hacer nuevas amistades y superar poco a poco todas las cosas tan terribles que le habían pasado.

Intenté conseguir que volviera a montar a caballo, pero Lina me lanzó su nueva y penetrante mirada.

—No volveré a subirme a un caballo —dijo—. Nunca más habrá ninguno como Salome.

A nuestro alrededor se llevaba a cabo el *sprint* final de la campaña electoral, con continuas encuestas, entrevistas a políticos y debates entre los líderes de los partidos, pero yo nunca había tenido menos interés por la política que en aquel momento. Las elecciones iban a celebrarse una semana después y tenía que decidir a qué partido votar.

Miré hacia Nytorget. La mujer que llevaba el bull terrier había desaparecido y no se veía a nadie, pero algo se movió en el entorno de la terraza de la cafetería y agucé la vista: eran ratas, dos grandes ratas que se movían por allí olisqueando mesas y sillas. Menos mal que Sally no estaba a mi lado.

El reloj digital de la cocina marcaba las 3.45. No iba a librarme de las pesadillas, tanto si FLA existía en realidad como si era solo el producto de mi mente sensible. Y el despertador iba a sonar de todos modos a las seis y media.

Suspiré, dejé el vaso y volví al dormitorio.

—Bienvenida al «Cubo de la Risa» —dijo Therese con rostro inexpresivo mientras me estrechaba la mano sin demasiada fuerza.

Era mi primer día de trabajo en la conserjería del Cuartel General de Defensa. Therese, una chica muy guapa de cabello oscuro y ojos azul claro, me acompañó por la planta baja, me presentó a los compañeros y me enseñó el comedor y los baños. Luego me indicó cuál era mi escritorio en la conserjería, un espacio que compartiría con ella y otras dos personas y donde me encargaría de gestionar el correo entrante y saliente.

Después de mis dos intensos trabajos anteriores, tanto en la agencia de relaciones públicas Perfect Match como en la consultora McKinsey, sentarme ahí y dedicarme a clasificar correo significaba dar un gran paso hacia atrás, pero el comandante me lo advirtió desde el principio y fui yo quien le pedí que me buscara un empleo en Defensa sin que importara el nivel. También fui yo la que rechazó un contrato de seis meses en McKinsey, lleno de *glamour* y bien remunerado.

El tiempo que había pasado allí en primavera estaba envuelto en una bruma.

¿Habían asesinado de verdad a Johan?

Lo recordaba como el hombre ideal y solía pensar que nunca encontraría otro tan legal, inteligente, amable y divertido como él.

¿Me había inventado yo los detalles de su muerte para intentar superar el dolor?

¿Habría sido una muerte natural y yo me negaba a aceptarlo?

¿Me estaría volviendo loca?

Ese tipo de preguntas retóricas pasaron por mi mente durante la primera semana de trabajo mientras yo iba abriendo cartas, las leía, las metía en carpetas verdes y me aseguraba de que llegaran al departamento correcto de aquel edificio en forma de cubo. Por las tardes me marcha-

ba a toda prisa, cenaba, recogía los platos y me iba a dormir, y a la mañana siguiente empezaba otra vez mi rutina.

Hacia el final de la semana intenté hacer un balance. El trabajo era muy aburrido. Mis compañeros tampoco eran especialmente divertidos. Los tres eran peculiares a su manera: Therese y los dos chicos rondaban los treinta años y ninguno parecía querer tener demasiado contacto entre ellos ni tampoco conmigo. Los primeros días me senté a comer con cada uno de ellos y traté de trabar un poco de conversación, pero fue difícil.

Therese había estudiado formación militar básica como yo, pero afirmaba que no le gustaban los soldados y que en el fondo era más bien pacifista. Klas, un chico alto y delgado que solía llevar traje, era licenciado en Económicas, pero había tenido dificultades para conseguir trabajo, por lo que «mientras tanto» se dedicaba a esto. Al parecer, según descubrimos, también tenía un gato, pero ese era su único aspecto positivo. Sture, un chico bastante guapo y de gran sonrisa que al principio malinterpreté como amistosa, consideró mi invitación a que comiéramos juntos como algo completamente distinto y respondió con sugerencias un poco vergonzantes. Después de unos días, tuve que decirle a las claras junto a la fotocopidora que él no me interesaba lo más mínimo y que ya podía dejar de insistir. A partir de entonces no me dedicó ni una sola mirada.

Si eso era un indicio del estado de las fuerzas armadas suecas me resultaba bastante sombrío. Cuando volví a casa el jueves por la tarde revisé las carpetas de papá que contenían textos sobre el Ministerio de Defensa. Era la primera vez que me molestaba en mirar las carpetas desde el final de la primavera y no fue una lectura alentadora.

LA DEFENSA: ¿CÓMO PODÍA IR TAN MAL?

Nuestros partidos se acusan mutuamente en el Parlamento de descuidar «la inversión en Defensa». Im-